

EL PAÍS QUE VENDRÁ

por Mario Vargas Llosa

Dicen que en los tiempos de la Revolución Cultural, la maldición china de moda era: “Te deseo que vivas en una época interesante”. La nuestra lo es, sin duda alguna, y no tenemos razón para quejarnos. Cada mañana nos sorprende, boquiabiertos, con una nueva hazaña de la libertad en el mundo: la caída del muro de Berlín, el derrumbe de Ceaucescu, el tránsito de Vaclav Havel desde las mazmorras a la presidencia de su país, el triunfo de Violeta Chamorro en las elecciones nicaragüenses contra los deseos de los “progresistas” de Occidente y todas las encuestas. Nuestros ojos todavía no dan crédito a lo que muestran las pantallas de la televisión: esa Plaza Roja hirviendo de manifestantes que piden elecciones libres y el Comité Central del Partido Comunista de Lenin y Stalin apresurándose, como muchos de sus congéneres de Europa, a abjurar de los axiomas más acendrados del leninismo y del marxismo: la lucha de clases, el centralismo democrático, el monopolio del poder, la planificación centralizada, la propiedad social de los medios de producción y, a fin de cuentas, casi todos los mitos, estereotipos, argumentos y métodos sobre los que el comunismo nació, creció y se apoderó de un tercio de la humanidad para sumirlo en la servidumbre, el terror y la ignominia, y que, a la postre, lo corroerían provocando lo que parece su delicuescencia (por lo menos, como fuerza significativa en el mundo contemporáneo).

Es difícil, en estas circunstancias, no recurrir a las grandes palabras. ¿No estamos viviendo en un momento fronterizo del curso de la civilización? ¿Nos toca inaugurar una nueva era en la historia del hombre? La palabra “historia” —su concepto— es una de las muchas prostituidas por la ideología, pues ella ha servido, sobre todo, de coartada para los grandes embaucos intelectuales de nuestro tiempo —ella ha sido el siniestro dios todopoderoso de la religión totalitaria— y para justificar

los peores genocidios y crímenes políticos de que haya memoria. Pero no tiene sentido decir, como ha dicho Francis Fukuyama, que la agonía del comunismo constituye el verdadero “fin de la historia” hegeliano. Mi impresión es la opuesta. Los sucesos de la Unión Soviética y del Este europeo, han revitalizado inesperadamente la noción misma de “historia” a los ojos del mundo, desembarazándola de las legañas, distorsiones y ficciones con que los marxismos –heterodoxos y ortodoxos– la habían desnaturalizado, devolviéndole su frescura, su sana imprevisibilidad, su inabarcable (por la inteligencia y el conocimiento) naturaleza de improvisación múltiple, espontánea, esencialmente libre, que revienta siempre los esquemas conceptuales que pretenden reducirla a pura lógica, a causa y efecto, y descubrir por debajo de sus tumultos y fosforescencias una recóndita racionalidad. No hay tal cosa. En estos días, verificamos lo que siempre sostuvieron un Karl Popper o un Hayek o un Raymond Aron, en contra de un Maquiavelo, un Vico, un Marx, un Spengler o un Toynbee: que la historia nunca está “escrita” antes de hacerse, que ella no es la representación de un libreto preexistente elaborado por Dios, por la naturaleza, por el desarrollo de la razón o por la lucha de clases y las relaciones de producción. Sino, que la historia es, más bien, una continua y diversa creación, que puede optar por las más inesperadas trayectorias, evoluciones, involuciones y contradicciones, derrotando siempre en su fantástica complejidad y multiplicidad a quienes la predicen y la explican.

El sesgo que está tomando en estos días —el de la reivindicación del individuo contra el Estado, de la libertad económica contra la planificación, de la propiedad y la empresa privada contra el colectivismo y el estatismo, el de la democracia liberal contra la dictadura y el mercantilismo— nos alborozca con toda razón. Pero no debe aturdirnos. No estaba “escrito”. Ninguna fuerza oculta y virtual, emboscada en las catacumbas del oscurantismo y el horror que mantuvieron empobrecidos y humillados a esos pueblos que hoy recuperan su libertad, determinó la caída de Ceaucescu, el triunfo de Solidaridad o el desplome de las piedras que dividían a Berlín. Esos hechos, y los demás que nos exaltan a quienes desde hace años luchábamos contra el totalitarismo, han sido duramente conquistados por la terca resistencia, activa o pasiva, de las víctimas o por la toma de conciencia, por parte de las oligarquías comunistas gobernantes (las *nomenklaturas*), de su incapacidad para resolver

los problemas económicos y sociales y del irremisible desastre a que iban sus países a menos de una drástica rectificación de ideas, políticas y, por supuesto, dirigencias.

Esta es una formidable victoria de la cultura de la libertad contra el totalitarismo, pero ella no es definitiva, ni mucho menos. La parte difícil viene ahora. La desestatización y la transferencia a la sociedad civil del poder económico y político expropiado en su provecho por una burocracia despótica, es un proceso extremadamente complejo que va a exigir, en una primera etapa, enormes sacrificios a esos pueblos que ahora se ilusionan con la idea de que la democratización política y la libertad económica resolverán instantáneamente sus problemas. No es así. Salir del adormecimiento psicológico y la desmovilización moral que todo régimen colectivista propaga entre los ciudadanos —a quienes obliga a abdicar de su sentido de la responsabilidad individual y a vivir con el supuesto enajenante de que sus problemas deben ser resueltos en primer lugar por el Estado y, sólo en segunda instancia, por ellos mismos— será una tarea más ardua que las emocionantes gestas de los últimos meses en que hemos visto desmoronarse a tantos tiranuelos y burocracias. Para países como Polonia, Hungría, Alemania Oriental, Checoslovaquia, y para la propia Unión Soviética, el verdadero desafío revolucionario comienza ahora: construir sobre las ruinas del moribundo socialismo, los cimientos de una sociedad libre. Es decir, de ciudadanos conscientes de que sin libertad económica no hay libertad política duradera y mucho menos progreso, y de que economía de mercado significa disciplina, imperio estricto de la ley, riesgo, iniciativa y, sobre todo, mucho trabajo y sacrificio. Que la cultura del éxito —fuente de la extraordinaria prosperidad que han alcanzado las sociedades democráticas avanzadas— incluye también, para las empresas y los empresarios, la posibilidad de quebrar y arruinarse sin que el Estado venga a echarles una mano y tener, por lo tanto, luego de un fracaso, que empezar de nuevo desde cero. Asumir la libertad entraña, asimismo, el aceptar que debe pagarse el costo de la ineficiencia y el error. Porque si el mercado competitivo genera la mayor eficiencia y crea más riqueza que cualquier otro, es, también, un sistema frío e inmisericorde contra los ineficientes. Convendría tenerlo muy en cuenta, en el umbral de una era en la que se dibuja en el horizonte la posibilidad de una humanidad sin guerras, sin pujas armamentistas, sin bloques y en la que el denominador común de la democra-

cia y la libertad enlazarían a la mayor parte de los pueblos del mundo. La libertad, que es siempre garantía de progreso y justicia, tiene un alto precio, que un pueblo debe pagar diariamente, so pena de perderla. Ningún país, ni los más ricos ni lo de más larga tradición democrática, están exonerados del peligro.

Lo que ocurre con Europa del Este está ocurriendo también, aunque de manera más atenuada y mucho menos espectacular, en América Latina. Es un proceso lento, indirecto, no siempre consciente, pero visible para quien observe de manera desprejuiciada la evolución del continente en los últimos años. Con las excepciones de Cuba y Haití, todas nuestras dictaduras han sido reemplazadas por regímenes civiles. Gobiernos democráticos —aunque con distintos grados de legitimidad, es cierto— administran nuestros países desde el Río Grande hasta Magallanes.

También entre nosotros han perdido vigencia y capacidad de convocatoria entre los jóvenes, los campesinos y los obreros, los mitos revolucionarios violentistas, salvo en minorías recalcitrantes —élites intelectuales y universitarias o sectores marginales inasimilables— que, aunque pueden causar todavía mucho daño, por supuesto, aparecen cada día más excéntricas y huérfanas de respaldo popular.

Pero lo verdaderamente nuevo está en que, acaso por primera vez, aquí y allá, en América Latina, en medio de la gran crisis económica que enfrentamos, y acaso como consecuencia de ella misma, surgen signos alentadores de pragmatismo y modernidad. Con pocas excepciones —como la peruana, para desgracia nuestra—, pocos gobiernos se atreven todavía a perseverar en el modelo “cepalista” y keynesiano de los años cincuenta y sesenta que tanto estrago ha causado y causa todavía. Y un liberalismo renovado —en la acepción clásica del término— se va abriendo paso en todo el continente como saludable respuesta a los modelos del “desarrollo hacia adentro” y la famosa política de “sustitución de importaciones” de triste recordación. Unos entusiastas, otros a regañadientes, otros sin darse bien cuenta de por qué lo hacen, casi todos los nuevos gobiernos van dando los pasos o pasitos debidos, para atacar en sus raíces el mal de la pobreza. Un mal que, en nuestros días —es la gran hazaña de la época en relación con las anteriores— se ha vuelto curable, a condición de que el país enfermo quiera salvarse. Lo que, en términos sociales y económicos, quiere decir: tecnificar, moralizar y re-

ducir al Estado a sus proporciones justas, a fin de que pueda asegurar el orden, la justicia y la libertad y transferir a la sociedad civil el derecho a la creación de la riqueza, en un sistema abierto, de competencia, sin privilegios ni interferencia burocrática. Esto no implica, desde luego, que el Estado renuncie a desplegar todos los esfuerzos imaginables para que cada generación goce de aquello que, junto con la libertad, es el fundamento de toda sociedad democrática; la igualdad de oportunidades, un mismo punto de partida para aquellos que emprenden lo que expresa la horrible metáfora darwiniana: “la lucha por la vida”. Poco a poco, también en América Latina, se va comprendiendo que un gobierno “redistribuye” más inteligentemente, ofreciendo una educación pública sobresaliente que desalentando a la empresa privada con tributos asfixiantes y obrando porque la propiedad privada sea accesible al mayor número, en vez de encarnizarse contra quienes ya son propietarios.

El nacionalismo económico —que, con el nacionalismo cultural es una de las más tercas aberraciones de nuestra historia—, aunque tímidamente, comienza a retroceder después de haber contribuido de manera muy efectiva al subdesarrollo continental. Por fin vamos aprendiendo que la salud no está en fortificar las fronteras, sino en abrirlas de par en par, para salir al mundo a conquistar mercados para nuestros productos y para que las tecnologías y los capitales y las ideas del mundo vengán a ayudar a los nuestros a desarrollar nuestros recursos y a crear los puestos de trabajo que necesitamos con tanta urgencia. Dentro de este nuevo clima cultural, muchos admiten que la famosa integración regional latinoamericana nunca funcionó, porque estuvo siempre lastrada por el “espíritu nacionalista”. Se trataba de integrarse para defenderse contra el resto del mundo, contra los famosos “imperialismos”. Y, de otro lado, ni siquiera esa carta marcada la jugaron nuestros países con limpieza. Porque todos querían aprovechar la integración a favor de sí, para ganar puntos sobre los demás. Ahora, cuando por fin parece irse imponiendo en capas crecientes de latinoamericanos la virtud política suprema, el sentido común, la integración va entendiéndose en un sesgo moderno: unirse para lograr, juntos, más pronto, la integración de América Latina al resto de la humanidad. Pues la inserción en ese mundo de hoy pródigo de posibilidades, de retos, de mercados, es la mejor herramienta que tienen los países pobres y atrasados como los nuestros, para dejar de serlo y empezar a ser modernos, es decir, prósperos, es

decir, libres de verdad, pues la libertad en la pobreza es una libertad recortada y en peligro.

Acabar con los nacionalismos, que nos han ensangrentado y dividido, a cuyos dictados hemos desperdiciado, en armarnos los unos contra los otros, gigantescos recursos que pudieron servir para luchar contra los verdaderos enemigos de cualquier nación —que no son sus vecinos, sino el hambre, la ignorancia y el atraso— es una condición *sine qua non* de nuestro desarrollo y modernización. Es imperioso que no recurramos más a ese método del que han abusado tanto los malos gobiernos para atraer o callar a los desafectos con el *chantaje* de la “nación amenazada por el enemigo exterior” y crear artificialmente la “unidad nacional”. Debemos trabajar de manera leal por superar las desconfianzas y reticencias recíprocas —resolviendo armoniosamente los problemas cuando existan— y por ir consiguiendo, mediante la colaboración y el intercambio múltiples, que —como empieza a ocurrir en Europa y en otras partes del mundo— las fronteras se vayan debilitando y diluyendo bajo la fuerza bienhechora de la amistad, el interés común y la conciencia compartida de que, actuando así, mataremos más pronto a esos demonios perseverantes que nos han dejado tan rezagados en relación con las regiones del mundo que prosperan.

Afortunadamente, cada vez hay más latinoamericanos que diferencian con lucidez el “nacionalismo” del “patriotismo”, el que, aunque, como dijo el doctor Johnson, sirve a veces de cortapisa a muchas vivezas de los canallas, es un sentimiento altruista, generoso, legítimo, de amor a la tierra donde uno nació y donde están los huesos de sus muertos, y de compromiso ético y sentimental con ese sistema de referencias culturales, geográficas e históricas que encuadra a cada destino individual. Pero ni siquiera el patriotismo, con todo lo que hay en él de hermoso y noble, podría ser obligatorio, como no podrían serlo tampoco, sin degradarlas, esas admirables experiencias privadas que son el sexo, la amistad, la fe o el amor.

Y, en estos tiempos de trastorno y maravilla, incluso la horrenda y abominable entre todas, la más temida palabra por el político latinoamericano de cualquier pelaje de este siglo —el capitalismo— comienza a aparecer, con mucha prudencia y remilgos, es verdad, en nuestro vocabulario público. Y despojada de las tremebundas, terroríficas reverberaciones negativas de antaño, como lo que, nos guste o nos disguste,

objetivamente es el sistema que, pese a sus limitaciones y máculas, ha sido capaz de asegurar el mayor progreso en términos de bienestar colectivo, seguridad social, protección a los derechos humanos y, también, de libertad individual que consigne la historia. (Lo cual no significa, necesariamente, que gracias a él haya aumentado de manera mensurable la felicidad humana. Pero la felicidad no es algo que pueda ni deba medirse en coordenadas sociales, sólo individuales. Por eso, como dice Popper, la felicidad no es asunto que incumba a los gobiernos. Los que se empeñan en materializarla para todos —los gobiernos “holísticos” como el de Fidel Castro, los imanes shiítas de Irán o los supérstiles antidiluvianos de China Popular—, suelen convertir a sus sociedades en verdaderos infiernos. La felicidad, que es misteriosa y plural, como la poesía, sólo concierne a uno mismo y a sus íntimos, pues para ella no hay fórmulas que la produzcan ni explicaciones que la descifren).

Reconocer que si se quiere salir de la pobreza en el más corto plazo posible —en este mundo de todos los posibles que es el nuestro— es preciso optar clara y resueltamente por el mercado, por la empresa privada y la iniciativa individual, en contra del estatismo, el colectivismo y los populismos demagógicos, es un paso imprescindible. Pero que puede generar una gravísima confusión, a menos de que establezcamos una nítida diferencia entre el capitalismo genuino —el que, para entendernos, llamaré liberal— que, en verdad nunca tuvimos en América Latina, de esas formas adulteradas —la de “rentismo” o capitalismo mercantilista— con que ha germinado hasta ahora en nuestros países. Este sistema de privilegios pactados entre el poder político y algunos grupos empresariales influyentes, que garantizaban a estos, monopolios y prebendas, que los salvaguardaban de tener que competir —es decir, de tener que esforzarse por satisfacer las necesidades del consumidor— ha sido una inagotable fuente de ineficiencia y corrupción en nuestras economías. Ello es inevitable cuando el éxito de una empresa no lo decide el mercado, sino un oscuro burócrata, firmando decretos. Un sistema así deforma a la empresa y también al empresario, quien debe dedicar su inventiva y su esfuerzo no a servir al consumidor, sino a obtener un privilegio estatal. El mercantilismo ha sido uno de los causantes principales de nuestro subdesarrollo y, también, de la discriminación y la injusticia de nuestras sociedades contra los pobres. El mercantilismo hizo

de la legalidad un privilegio al que sólo lograban acceso quienes tenían influencia o podrían comprarla y condenó a los pobres a crear trabajo y riqueza al margen de ella, en esas economías informales —sin duda precarias, pero libres— que son, en cierta forma, el inicio en nuestras tierras de un auténtico capitalismo popular.

Poner fin a las prácticas mercantilistas es una exigencia moral y realista tan urgente como reformar las supuestas “reformas” sociales y económicas que en nuestras sociedades nacionalizaron empresas, colectivizaron tierras y entronizaron el intervencionismo estatal en la economía. Mercantilismo, colectivismo y estatismo, son expresiones diferentes de un mismo fenómeno que ahoga la iniciativa individual, convierte al burócrata y no al empresario ni al trabajador en el protagonista de la vida productiva, estimula la ineficiencia y la inmoralidad, legitima la discriminación y el privilegio y, a la corta o a la larga, trae consigo el deterioro y la desaparición de la libertad.

Establecer una economía libre, que acabe con los monopolios y garantice a todos el acceso a los mercados, donde puedan competir dentro de reglas claras, simples y equitativas, no debilita a los Estados. Los fortalece, pues les confiere la autoridad y la credibilidad de que carecen hoy, que son grandes, pero débiles e impotentes para proveer los servicios elementales que se espera de ellos: salud, seguridad, justicia, educación, infraestructura mínima. Negarle al Estado el derecho de intervenir como productor, para que pueda cumplir eficazmente su papel de árbitro y promotor en la vida económica, no es exonerarlo de responsabilidades esenciales. La de obrar incansablemente, por ejemplo, para mantener el mercado libre de las interferencias y distorsiones que le restan eficiencia y generan abusos; perfeccionar sin tregua la administración de la justicia pues sin un sistema judicial puro, fuerte y universal, al que todos, aun el más pobre, pueda acudir en defensa de sus derechos, no hay economía de mercado que funcione; y también, y acaso, sobre todo, facilitar y alentar la difusión de la propiedad privada entre los que aún carecen de ella. Porque la propiedad privada no es el robo, como creyó Proudhon, sino, más bien, el sustento y el signo visible de la libertad.

Un Estado liberal no es concebible sin una política de apoyo al desvalido y al inerme, al que por culpa de la edad, la naturaleza o el azar no está en condiciones de valerse por sí mismo y sería aplastado y

borrado si se lo dejara expuesto a las estrictas leyes del mercado. ¿Pero cuándo y donde propusieron Adam Smith o los otros pensadores clásicos del liberalismo semejante indiferencia del Estado frente al débil? Lo cierto es que es en las democracias liberales donde existen los sistemas más avanzados de protección a la vejez, a la infancia, los mejores seguros contra la desocupación, los accidentes de trabajo y la enfermedad.

Hay un orden, sobre todo, en el que el Estado liberal tiene la obligación de tomar iniciativas y multiplicarse, invirtiendo recursos e incitando la acción y la participación de todo el mundo: el cultural. Hacer de los bienes culturales algo accesible a todos, y promover la curiosidad, el interés y el goce por lo que la imaginación humana y el espíritu artístico inventan para contrarrestar las insuficiencias de la vida, es una manera de asegurar que la sensibilidad de los hombres y las mujeres no se embote y se mantenga alerta su sentido crítico, esa insatisfacción permanente sin la cual no hay renovación ni movimiento social y que nada mantiene tan despierta ni espolea tanto como una rica vida cultural. Desde luego que el Estado no debe “dirigir”, ni siquiera trazar a la actividad cultural otra pauta que la de ser libre y autónoma. Su función es garantizar que ella sea diversa y múltiple y abierta a todos los vientos y provocaciones, pues sólo expuesta de este modo al desafío y al cotejo, ella se mantiene ligada a la experiencia vigente y ayuda a la gente a vivir, a creer, a desear. La cultura no necesita ser protegida pues ella, cuando existe y es auténtica, se protege sola mucho mejor de lo que podría hacerlo cualquier gobierno. Pero los Estados tienen, eso sí, el deber imperativo de dar a todos los ciudadanos los medios necesarios para adquirirla y producirla; es decir, la educación y las condiciones de vida mínimamente adecuadas que les permitan disfrutarlas.

Una actividad cultural intensa es, además, una de las maneras como un Estado liberal puede conjurar uno de los peligros que parecen congénitos a la sociedad capitalista moderna: una cierta deshumanización de la vida, un materialismo que aísla al individuo, destruye a la familia, fomenta el egoísmo, la soledad, el excepticismo, el esnobismo, el cinismo y otras formas de vacío espiritual. Ninguna sociedad industrial moderna ha sido aún capaz de responder con acierto a este desafío; en todas ellas, los altos niveles de vida y el progreso material al alcance del mayor número ha debilitado esa solidaridad social, que paradójicamente, suele ser muy intensa en las comunidades primitivas, y generando la

proliferación de cultos y ritos de un irracionalismo demencial, cuya sola explicación parece ser la necesidad inconsciente de reemplazar de algún modo esa pérdida de lo sagrado y de la fe a la que, por lo visto, no somos capaces de resignarnos. La subcultura de la droga, que es, acaso, el más formidable asalto moderno a la razón, la renuncia a ese tributo de lucidez frente a sí mismo y frente al mundo que es la columna vertebral de la cultura de la libertad, parece ser una de esas formas exacerbadas y tortuosas en que se manifiesta, en los países que han llegado más lejos en el desarrollo, aquel inmemorial apetito de trascendencia y absoluto que antes aplacaban la magia, el mito y la religión.

En todo caso, quienes estamos luchando para que nuestros países sean modernos a través del único sistema que trae prosperidad sin merma de la libertad, debemos aprender la lección. Y salir a darles una respuesta imaginativa, desde el principio mismo de la forja de nuestras economías de mercado y la promoción del capitalismo liberal, a aquellos peligros, mediante una política de fomento a la cultura, a la creatividad humana en todas sus formas y audacias, al quehacer artístico, al pensamiento crítico, a la investigación, al experimento y al quehacer intelectual. Y, también, cualquiera que sea nuestra convicción íntima sobre el tema de Dios, alentando el desarrollo de una profunda vida espiritual, ya que, para la gran mayoría, la religión parece ser, dentro de nuestra tradición, el vehículo más solvente para refrenar el instinto de muerte y destrucción, ejercitar la solidaridad, respetar ciertos códigos éticos que garanticen la coexistencia y el orden dentro de la ciudad y, en una palabra, mantener quieto y domesticado al terrible salvaje ávido de excesos que todos los humanos, aun los de apariencia más civilizada, llevamos dentro.

De joven, como buen lector de los existencialistas franceses, llegué a convencerme de que un hombre decide íntegramente su destino, a base de elecciones continuas con las que se sitúa en la cambiante realidad. Esta creencia me ayudó, creo, a convertirme en el escritor que, desde muy niño, soñé llegar a ser. Pero, hoy, en el extraño trance en el que me encuentro, participando en una campaña electoral como aspirante a la Presidencia de mi país, me digo con cierta melancolía que en los destinos individuales influyen también las circunstancias y el azar acaso tanto como la voluntad de quien los encarna. Igual que la “historia” de las sociedades, la de los individuos tampoco está “escrita” con anticipa-

ción. Hay que escribirla a diario, sin abdicar de nuestro derecho a elegir, pero sabiendo que, a menudo, nuestra elección no puede hacer otra cosa que convalidar, si es posible con lucidez y ética, lo que ya eligieron para uno las circunstancias y los otros. No lo lamento ni lo celebro: la vida es así y hay que vivirla, acatándola en todo lo que tiene de aventura terrible y exaltante.

Si gano esta elección y llego al gobierno, quiero decirles a todos ustedes que, les plazca o lo detesten, gobernarán conmigo. Ustedes me ayudarán en la difícil y apasionante tarea de transformar Perú en un país de nuestro tiempo, sin hambre y sin violencia, con libertad y con trabajo, donde todos los peruanos puedan, gracias a su empeño, alcanzar una existencia decente. Porque son las ideas que ustedes han desarrollado y promovido, las que han convertido en políticas y reformas, las que con sus escritos y sus acciones han incorporado a la experiencia histórica contemporánea, haciendo avanzar de una manera extraordinaria esta cultura de la libertad que ahora parece, increíblemente, irradiar en todas las direcciones del orbe, las que me han animado a asumir este desafío; las ideas generosas, nuevas, vivificantes, que han pasado ya la prueba de la realidad en otras partes y demostrado que servían, que eran aptas para hacer retroceder la barbarie del subdesarrollo en cualquier lugar del mundo.

Les agradezco su presencia aquí, entre nosotros, en estos momentos tan difíciles —pero también tan llenos de esperanza— de la vida de Perú. En mi nombre y en el de todos los que me acompañan, les agradezco, sobre todo, haber pensado, escrito y actuado con tanto coraje y lucidez como lo han hecho a favor de esa cultura de la libertad que ahora echa también raíces en este viejo país de gente joven al que su presencia viene a honrar. Su ejemplo, su amistad, son para todos nosotros, un aliciente, casi un premio. Por mi boca, las mujeres y los hombres del país que vendrá —sin desocupados y sin crímenes políticos, sin discriminación y sin abusos, con oportunidad y cultura para todos—, ese país que ustedes habrán ayudado a edificar, les dice: muchas gracias.

Barranco, 4 de marzo de 1990